



LARA ADRIAN

**EL DESPERTAR DE LA
MEDIANOCHE**

TERCIOPELO

El despertar de la medianoche



El despertar de la medianoche

Lara Adrian

Traducción de Denise Despeyroux



Título original: *Midnight Awakening*
Copyright © 2007 by Lara Adrian

Primera edición: junio de 2009

© de la traducción: Denise Despeyroux
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral.
08003 Barcelona
correo@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92617-22-7
Depósito legal: M. 19.543-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Capítulo uno

Caminaba entre ellos sin ser notada, como cualquier otro transeúnte en la hora punta de la tarde, recorriendo con dificultad el camino hacia la estación de trenes bajo una nevada de febrero. Nadie prestó atención a la pequeña mujer oculta bajo la capucha de una parka excesivamente grande, con una bufanda que le tapaba la cara justo hasta debajo de los ojos, esos ojos que miraban la multitud de peatones con agudo interés. Demasiado agudo, ella era consciente, pero no podía evitarlo.

Se sentía ansiosa por hallarse entre ellos, y estaba impaciente por encontrar a su presa.

En su cabeza retumbaba la atronadora música de rock que le llegaba a través de los diminutos auriculares del MP3. No era suyo. Habían pertenecido a su hijo adolescente. A Camden. El dulce Cam, muerto hacía cuatro meses, una víctima de esa guerra infernal de la que Elise ahora también formaba parte. Él era la razón de que ella estuviera allí, merodeando por las calles de Boston con un puñal en el bolsillo y una espada con el filo de titanio atada a su pierna.

Ahora más que nunca, Camden era su razón para vivir.

Su muerte no podía quedar sin venganza.

Elise cruzó un semáforo y se encaminó por la calle de la estación. Podía ver personas hablando al pasar ante ellas, sus labios moviéndose silenciosamente, sus palabras, y más importante aún, sus pensamientos, resultaban amortiguados por las agresivas letras de las canciones, el griterío de las guitarras y el pulsante latido del bajo que llenaban sus oídos y vibraban en sus huesos. No sabía exactamente qué era lo que estaba escuchando, y no le importaba. Lo único que necesitaba era el rui-

do, sonando lo bastante fuerte y el tiempo suficiente hasta que ella llegara al lugar de la caza.

Entró en el edificio, tan sólo una persona más en la corriente humana. Luces chillonas se derramaban desde los tubos fluorescentes que colgaban del techo. El olor de la suciedad de la calle y de demasiados cuerpos sudorosos la asaltó a través de la bufanda. Elise se adentró aún más en el edificio, deteniéndose lentamente al llegar al centro de la estación. Obligada a dividirse al llegar hasta ella, la multitud pasaba a cada uno de sus lados, muchos golpeándola, empujándola con las prisas al intentar llegar al próximo tren. Más de uno le lanzaba una mirada de odio al pasar, murmurando insultos por encontrarla ahí parada impidiendo el paso.

Dios, cuánto despreciaba todo aquel contacto, pero era necesario. Respiró para calmarse, luego metió la mano en el bolsillo y apagó la música. El barullo de la estación la envolvió como una ola, asaltándola con un estrépito de voces, ruido de pasos, el tráfico del exterior y el chirrido metálico y el retumbar del tren que se acercaba. Pero esos ruidos no eran nada comparados con los otros que empezaban a invadirla.

Pensamientos horribles, malas intenciones, pecados ocultos, odios explícitos... todo eso daba vueltas a su alrededor como una negra tempestad de corrupción humana que la perseguía y martilleaba sus sentidos. Siempre la dejaba estupefacta esa primera ráfaga de viento enfermo que le resultaba casi insoportable. Elise se tambaleó. Luchó contra la náusea que la invadía e hizo todo lo que pudo por resistir la agresión física.

«Pedazo de perra, ojalá le den una patada en el culo...»

«Jodidos turistas paletos, por qué no se van a su casa...»

«¡Imbécil! Sal de mi camino, o te daré un mamporro en...»

«¿Y qué importa que sea la hermana de mi mujer? Si no hubiera ido detrás de mí todo este tiempo...»

La respiración de Elise se agitaba más con cada segundo, y un dolor de cabeza se instalaba en sus sienes. Las voces se mezclaban en su cabeza sin cesar, en una cháchara casi indistinguible, pero se mantuvo en pie, abrazándose a sí misma mientras llegaba el tren, las puertas se abrían y un nuevo mar de gente inundaba el andén. Se extendieron a su alrededor, añadiendo más voces a la cacofonía que la trituraba por dentro.

«Pandilla de perdedores, todos esforzándose para conseguir un maldito trabajo...»

«Lo juro, si me pone las manos encima una vez más mataré a ese hijo de puta.»

«¡Vamos, ganado! ¡Volved a vuestro redil! Criaturas patéticas, mi amo tiene razón, merecéis ser esclavizadas...»

Elise abrió los ojos de golpe. La sangre se le heló en las venas desde el instante en que su mente registró aquellas palabras. Aquella era la única voz que esperaba oír.

La única que había venido a buscar.

No sabía el nombre de su presa, y tampoco qué aspecto tenía, pero sabía lo que era: un secuaz. Como todos los de su clase, había sido humano una vez, pero ahora era menos que eso. Su humanidad le había sido arrebatada por aquel que él llamaba su amo, un poderoso vampiro líder de los renegados. Era por culpa de ellos —de los renegados y de aquel diabólico líder que los guiaba hacia una guerra cada vez mayor contra la raza de los vampiros—, que el único hijo de Elise estaba muerto.

Tras haberse quedado viuda hacía cinco años, Camden era lo único que le quedaba y lo único que le importaba en la vida. Al perderlo, había encontrado una nueva razón de vivir. Una decisión inquebrantable. Era la decisión que la había llevado hasta allí, obligándola a desplazarse entre aquella multitud, en busca de aquel que debería pagar por la muerte de Camden.

La cabeza le daba vueltas con el continuo bombardeo de pensamientos horribles y dolorosos, pero finalmente consiguió concentrarse sólo en los del secuaz. Iba varios metros por delante de ella, llevaba un gorro de lana negro y una chaqueta de camuflaje de un verde desteñido que estaba hecha jirones. La animosidad emanaba de él como un ácido. Su corrupción era tan extrema que Elise podía hasta sentirla como un gusto de bilis en el fondo de la garganta. Y no tenía más remedio que permanecer cerca de él, a la espera de la oportunidad de actuar.

El secuaz salió de la estación y caminó por la acera a paso rápido. Elise lo siguió, apretando el puñal dentro de su bolsillo. Afuera, con menos gente, el sonido atronador había disminuido, pero el dolor que la había sobrecogido en la estación todavía estaba presente, como clavado en su cráneo con pinchos de acero. Elise mantuvo los ojos en su presa, aumentando la velo-

cidad cuando el tipo se introdujo en un comercio. Fue hasta la puerta de vidrio y miró a través del logo del servicio de mensajería pintado, alcanzando a ver al secuaz, que esperaba junto al mostrador.

—Disculpe, señorita —dijo alguien detrás de ella, sorprendiéndola con el sonido de una voz verdadera, en lugar del zumbido de palabras que llenaba su cabeza—. ¿Va a entrar o no?

El hombre que estaba detrás de ella empujó la puerta mientras le hablaba, y la sostenía expectante. Ella no tenía intenciones de entrar, pero ahora todo el mundo la estaba mirando, incluido el secuaz, y si se negaba llamaría más la atención. Elise entró en el comercio brillantemente iluminado, e inmediatamente fingió interés en una exposición de cajas para enviar por barco que había en el escaparate principal.

De reojo observó al secuaz, que esperaba su turno en la fila. Estaba tenso y violento, maldiciendo en sus pensamientos a los clientes que tenía delante. Finalmente llegó hasta el mostrador e ignoró el saludo que le dirigió el empleado.

—Un paquete a nombre de Raines.

El empleado tecleó algo en su ordenador y luego vaciló por un segundo.

—Aguarde un momento. —Se dirigió a un cuarto trasero y volvió un momento más tarde sacudiendo la cabeza—. Todavía no ha llegado. Lo siento.

La furia invadió al secuaz, apretándose como un tornillo en las sienas de Elise.

—¿Qué quiere decir con que todavía no ha llegado?

—Anoche nevó en casi toda Nueva York, por eso hoy muchos envíos se han retrasado...

—Se suponía que estaba garantizado —ladró el secuaz.

—Sí, lo está. Puede recuperar su dinero, pero tendrá que rellenar una reclamación...

—¡Que te jodan con tu reclamación, maldito idiota! Necesito ese paquete. ¡Ahora!

«Mi amo me dará una patada en el culo si no vuelvo con esa entrega, y si me revienta el culo volveré aquí y te desgarraré tus malditos pulmones.»

Elise contuvo la respiración ante la virulencia de la amena-

za silenciosa. Sabía que los secuaces vivían tan sólo para servir a aquel que era su amo, pero siempre resultaba chocante enfrentarse a la terrible profundidad de su lealtad. No había nada sagrado para los de su clase. Las vidas no significaban nada, fueran humanas o de los vampiros de raza. Los secuaces eran casi tan poderosos como los renegados, esa facción criminal y sedienta de sangre de la nación de los vampiros.

El secuaz se inclinó sobre el mostrador, apretando los puños a cada lado.

—Necesito ese paquete, imbécil, y no me iré sin él.

El empleado se echó hacia atrás, mostrando una expresión cautelosa. Cogió el teléfono.

—Mira, tío, como ya te he explicado no hay nada que pueda hacer por ti. Tendrás que volver mañana. Y ahora, si no sales de aquí llamaré a la policía.

«Inútil pedazo de mierda —gruñó el secuaz para sus adentros—. Desde luego que volveré mañana. ¡Y espera a que vuelva!»

—¿Hay algún problema, Joey? —Un hombre mayor apareció más atrás, muy serio.

—Trataba de explicarle que su paquete aún no ha llegado por culpa de la tormenta, pero él insiste. Como si yo tuviera que sacarlo de alguna parte...

—¿Señor? —dijo el encargado, interrumpiendo a su empleado y clavando en el secuaz una mirada seria—. Voy a pedirle educadamente que se vaya. Tiene que irse, o llamaremos a la policía para que lo saque de aquí.

El secuaz gruñó algo incomprensible, pero sin duda repugnante. Golpeó el mostrador con el puño, luego se dio la vuelta y se dirigió a la salida. Al acercarse a la puerta junto a la cual se hallaba Elise, tropezó contra una muestra que había en el suelo, desparramando rollos de cinta adhesiva y papel acolchado. A pesar de que Elise se apartó, el secuaz fue con demasiada ira hacia ella. Le lanzó una mirada de odio con ojos inhumanos y vacíos.

—¡Sal de mi camino, bruja!

Ella apenas se movió antes de que él pasara a su lado y saliera por la puerta, empujando con tanta fuerza los vidrios que éstos vibraron como si fueran a hacerse añicos.

—Imbécil —murmuró uno de los clientes de la cola cuando el secuaz ya se había ido.

Elise sintió la oleada de alivio que invadió a los otros clientes tras su marcha. Una parte de ella también se sentía aliviada, se alegraba de que nadie hubiera resultado herido. Deseaba permanecer por un momento allí, en la calma de la tienda, pero era un lujo que no podía permitirse. El secuaz iba ahora por la calle, y pronto anochecería.

Contaba como mucho con una hora y media antes de que llegara la oscuridad y los renegados salieran a la calle a alimentarse. Si lo que hacía ya era peligroso a la luz del día, por la noche sería una especie de suicidio. Podía dar muerte a un secuaz con sigilo y acero... —ya lo había hecho, en realidad, más de una vez—, pero como cualquier otro ser humano, mujer o no, no tenía ninguna oportunidad contra la fuerza de los renegados adictos a la sangre.

Juntando valor para lo que iba a hacer, se escabulló por la puerta y siguió al secuaz a través de la calle. Estaba enfadado y caminaba bruscamente, dando golpes a los otros peatones al pasar y gruñendo amenazas contra ellos. Una artillería de dolor mental llenó su cabeza a medida que más voces se unían al estruendo que aún sonaba en su mente, pero Elise mantuvo el paso para perseguir su blanco. Se mantenía a unos pocos metros de distancia con los ojos fijos en su chaqueta verde pálida a través de la ráfaga de nieve que caía. Él giró a la izquierda en la esquina de un edificio y se metió por un callejón estrecho. Elise apresuró el paso, desesperada por no perderlo.

A mitad de la estrecha calle, abrió de golpe una magullada puerta de acero y desapareció. Ella se movió sigilosamente hacia aquel pedazo de metal sin ventanas. con la palmas de las manos sudándole a pesar del aire helado. Los violentos pensamientos de él llenaban su cabeza. Pensamientos asesinos. Todas las cosas espeluznantes que haría por obediencia a su amo.

Elise se metió la mano en el bolsillo para sacar su puñal. Lo mantuvo firme a su lado, preparado para atacar, pero oculto por la larga tela de su abrigo. Con la mano libre recorrió el pestillo y abrió la puerta. Los copos de nieve entraron tras

ella al lúgubre vestíbulo que apestaba a moho y a rancio humo de cigarrillo. El secuaz se hallaba de pie cerca de los buzones de correspondencia, apoyando un hombro contra la pared mientras abría un teléfono celular igual al que todos llevaban, la línea directa de los secuaces para hablar con su amo vampiro.

—¡Cierra la jodida puerta, puta! —gruñó, echando chispas por aquellos ojos sin alma. Frunció las cejas al ver que Elise avanzaba hacia él con propósito mortal—. ¿Qué demonios...?

Ella le hundió el puñal con fuerza en el pecho, sabiendo que el elemento sorpresa era su mayor ventaja. La ira de él la sacudió como un golpe físico, empujándola hacia atrás. Su corrupción se filtró en su mente como un ácido, quemándole los sentidos. Elise luchó contra el dolor físico, volviendo a clavarle el puñal, ignorando el repentino calor de la sangre salpicándole la mano.

El secuaz se tambaleó, agarrándola mientras caía contra ella. Su herida era mortal, con tanta sangre que a ella se le revolvió el estómago al verla y al olerla. Elise se quitó de encima el peso del secuaz y corrió hacia la salida mientras éste caía al suelo. Estaba sin aliento, el corazón se le salía del pecho, la cabeza a punto de estallarle mientras la descarga mental de la ira de él aún continuaba.

El secuaz se revolcó y masculló mientras le llegaba la muerte. Luego, finalmente, se quedó inmóvil.

Por fin se hizo el silencio.

Con dedos temblorosos, Elise recogió el teléfono móvil que había a sus pies y se lo guardó en el bolsillo. La cabeza asesina la había consumido, aquella combinación de esfuerzo físico y psíquico era demasiado difícil de soportar. Parecía que cada vez le llevaba más tiempo recuperarse, que cada vez le costaba más. Se preguntó si llegaría el día en que se sumergiría tan profundamente en el abismo que no podría volver a salir. Probablemente sí, se dijo, pero no hoy. Y seguiría luchando mientras le quedara aire en los pulmones y el dolor de la pérdida en el corazón.

—Por Camden —susurró, contemplando fijamente al secuaz mientras encendía el MP3 preparándose para volver a casa. La música retumbó desde los diminutos auriculares, en-

LARA ADRIAN

sordecando el don que le otorgaba el poder de alcanzar a oír los más oscuros secretos del alma humana.

Había oído bastante por hoy.

Con la grave misión del día cumplida, Elise se dio la vuelta y huyó de la carnicería que había hecho.